

MISTICA Y PROFECÍA EN FRANCISCO PALAU

Luz Stella Pareja P. cm.

Introducción.

La existencia de todo ser humano está marcada por sus experiencias, por sus formas específicas de acercarse a la realidad y vivir los diversos acontecimientos; para esto requiere de una red de relaciones que le posibiliten interactuar y realizarse con alguien y con ALGUIEN.

La índole del evento no es la que lo lleva a trascenderlo, es la forma en la que se acerca y cómo lo interpreta, la que deja huellas indelebles en su historia personal y social. La experiencia que marca con mayor fuerza la vida de la persona es aquella que lo lleva a descubrir quién es, lo enfrenta con su propia realidad y lo transforma del no ser al ser, en otras palabras, le confiere identidad. Para esto es necesario pasar por la crisis, la búsqueda, el desconocimiento, la idea equivocada, y así hacer un viaje hacia la verdad del propio ser y hacia la verdad de quien me lo descubre.

Jesús afirma: “yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn. 14, 6). Cuando la persona descubre a Jesús dentro de sí como camino, verdad y vida, está descubriendo en el Yo Soy de Jesús de Nazaret, su propia identidad de seguidor, de discípulo y está ante una experiencia de Dios que transforma totalmente su existencia.

Como se encuentra frente a la identidad de Dios, que se revela a Moisés en el A. T. como “Yo soy”, el cuestionamiento básico es ¿yo quién soy? El Tú de Dios se pone en diálogo con el tú humano y Dios se deja conocer por el hombre, le permite experimentarlo y este encuentro de identidades lo llamamos experiencia mística.

Si fuera preciso definir la mística afirmaríamos: es dejar a Dios ser Dios dentro de mí, sin despersonalizarme, sin perder humanidad.

Esta experiencia no se agota en la persona que es sujeto de la misma, porque este se constituye en testigo, en anunciador con la propia vida, dándole a todo su ser una existencia profética. Anunciando, denunciando y renunciando porque el tesoro encontrado es digno de la entrega apasionada de toda la vida.

Así vivió Francisco Palau, experimentando a Dios que es comunidad, no encerrada en sí misma, sino abierta a los hombres “Dios-prójimos en un solo amor” (MM Día 3,2).

“Unida el alma con Dios por amor, la caridad obra en el alma el amor a los prójimos” (Cta. 37,3). Por esto para el místico y profeta no son dos elementos constitutivos de su ser, son uno, que al permitirle experimentar a su AMADA - la Iglesia, le lanza a servir a sus miembros, desde la unidad que tiene el cuerpo con la cabeza.

1. ¿La experiencia mística, punto de partida o de llegada?

Siguiendo los fragmentos de Mis Relaciones, se descubre el proceso espiritual de Francisco Palau y en él su desarrollo místico: “Dios escribió con su propio dedo en las tablas de mi corazón esta ley: amarás con todas tus fuerzas... [Dt. 6,5; Mt. 22,37]. Y esta voz eficaz creó en él una pasión inmensa, la que se hizo sentir desde mi infancia y

se desarrolló en mi juventud. Yo, joven, amaba con todas mis fuerzas, porque la ley de la naturaleza me impulsaba con ímpetu irresistible” (MRel. 1,2).

Francisco, como los profetas, se siente llamado por Dios, elegido y consagrado, como Elías, Isaías o Jeremías. Pero ¿llamado a qué? Al amor, la pasión que devora su corazón es el amor, lo que busca con afán y lo va haciendo camino de plenitud.

“¿Qué amaba yo? ¿Quién era la cosa Amada? Si tu amada es una deidad y la has visto en el claustro, vete enhorabuena al claustro y gózate con ella” (MRel. 1,2).

Es común afirmar que la pasión es propia de la juventud y en el momento en que se hacen opciones vocacionales el ser humano está lleno de energía que le posibilita la entrega; sin embargo en muchos momentos se debilita la opción, viene el cansancio y la respuesta no conduce al hallazgo. No es este el caso de Francisco Palau que mantiene su amor, aún en medio de las mayores dificultades: “Derruido mi convento, incendiado mi claustro mi amada tomó las alas de un águila; voló, elevóse sobre el mundo y cuanto el siglo posee y fue a reposar en desiertos y sitios solitarios. Yo la seguí... (MRel. 1,4)

Está siguiendo a su amada, está desarrollando su pasión y va obligado por los acontecimientos históricos a Francia, busca en la soledad una forma de expresar el amor:

“El solitario desde su peñasco, rinde a la divinidad de la religión, sin ruido de palabras, un público testimonio no menos brillante que los predicadores del evangelio” (V.S. 1,3)

Su vocación profética está en el período de desierto, se prepara para la misión en la soledad y el silencio; sabe que la pasión de su amor lo llevará al sitio donde su amada lo necesita en el tiempo oportuno, pero este saber es “no sabiendo”; disponible y guiado por el amor, no conoce lo que la vida le depara; de vuelta a su país emprende una obra apostólica de gran envergadura, la hace igualmente movido por el amor a Dios y a los prójimos que lo obliga a leer las necesidades del pueblo y a optar por la proclamación del evangelio en forma de catequesis bien organizada y con sólido cuerpo de doctrina (cf. Cv. presentación). Conocemos bien cómo termina la **Escuela de la virtud**, mal interpretada y confinado su director a Ibiza.

Allí, siguiendo a su Amada reemprende el camino. Ella volvió a volar y se asentó en un sitio que lo devuelve a la soledad (opción por Dios) y a las misiones populares entre los isleños (opción por los prójimos).

La **pasión** está llegando a un momento culmen, la experiencia profunda de su amada se impone. Francisco ha dejado conducir su vida por el amor y por esto el acontecimiento puntual llega. Veamos cómo lo narra:

“Una tarde estaba yo en una Iglesia Catedral esperando llegase la hora de la función...y fue mi espíritu transportado ante el trono de Dios... así vestido, el que estaba en el trono sentado me llamó y me presenté de pie sobre un altar que allí había.

El anciano me hizo señas y me dijo diese en su nombre la bendición. Me volví contra el altar y vi a sus gradas una bellísima joven...oí una voz que salía del trono de Dios y me decía: tú eres sacerdote del Altísimo; bendice y aquel a quien tú bendecirás será bendito; y lo que tú maldecirás, será maldito. Esa es mi hija muy amada. En ella tengo mis complacencias: dala mi bendición. Los príncipes del Reino de Dios hacían corte a la

joven y se arrodilló ante el altar; recibió mi bendición y desapareció toda aquella visión (MRel. II, 1-2)

Nos describe el contexto situacional, el ambiente oracional, la llamada, la vestidura (revestido de Dios), la misión recibida de Dios (benedicir) y el destinatario de dicha acción: la joven (Iglesia) y finaliza narrando sus sentimientos: “yo quedé anegado en un mar de lágrimas. Mis penas crecieron en alto grado... (idem).

Y desde esta experiencia “cumbre” en su vida, reinterpreta toda su existencia pasada, presente y futura, porque la mística para Palau no es una cima que se conquista, es un regalo de Dios que lo plenifica, que lo lanza: “yo conocía a esa Señora y dar por su servicio mil vidas fuera para mí poca cosa. (MRel. II, 2)

De la mística al profetismo se recorre el camino de los testigos de la resurrección, el camino que lleva de Emaús a Jerusalén para anunciar a la comunidad: esa verdad ha resucitado y la hemos descubierto al partir el Pan.

2. El profetismo como consecuencia de la mística, o la mística plenitud del profetismo

“Cuando Elías llegó a la montaña, entro en una gruta y pasó allí la noche. El Señor le dirigió su palabra: ¿Qué haces aquí Elías? Él le respondió: sufro por amor al Señor Todopoderoso, porque los Israelitas han roto tu alianza, han destruido tus altares y han matado a tus profetas”. (1R.17, 9-10)

La experiencia profética de Elías, que arde en celo por la gloria del Dios de los ejércitos, lo lleva a la soledad de la montaña y lo hace penetrar en la gruta. Meterse en las entrañas de la montaña para allí, fuera del contacto con los hombres, disponerse para escuchar la voz de Dios; hace tiempo recibía su llamado, ha ejercido su vocación profética, ha tenido éxitos y fracasos en su labor, pero ahora que se siente perseguido y amenazado de muerte, necesita y busca soledad para escuchar el plan de Dios, mejor aún para planear con Dios mismo y lo primero que hace es expresar sus sentimientos: “sufro por amor”.

“El Señor le dijo: -sal y quédate de pie ante mí en la montaña. ¡El Señor va a pasar!”... Al fuego siguió una suave brisa. Elías al oírla, se cubrió el rostro con su manto y, saliendo afuera, se queda de pie a la entrada de la gruta” (1 Rey. 19,12-13).

En medio de la tormenta interior Elías experimenta a Dios como suave brisa, que lo comprende, lo calma y lo reenvía a la misión, con planes nuevos y con la certeza de encontrar sucesor.

Este texto pareciera mostrarnos la mística como regalo y fortaleza de Dios y en Dios, en los momentos en que la misión se hace insostenible por los méritos propios. Dios irrumpe en la vida de Elías como suave brisa; por su espíritu combativo, las características de su personalidad lo hacen agresivo, impulsivo, dominante y Dios en el encuentro profundo de su amor, le habla en susurro, en suave brisa; Él pone lo que le falta a Elías como expresión del amor, así privado de sus potencias como Abraham cuando Dios pasó en medio de sus animales sacrificados. Dios es Dios en Elías, sin que éste deje de ser Elías.

Elías baja del monte y continúa su misión profética. Hasta ser arrebatado por Dios mismo, hasta que es devorado plenamente por su pasión: El Dios de los ejércitos; “mientras iban caminando y hablando, un carro de fuego con caballos de fuego se interpuso entre los dos, y Elías fue arrebatado en un torbellino hacia el cielo” (2 Rey. 2,11).

La narración que Francisco Palau nos hace del acontecimiento de mayor unión con Dios, que le permite experimentar a Dios como Dios y Él seguir siendo Francisco nos dice: “Llegada la hora de la función, mientras subía al púlpito, oí la voz del Padre que me dijo: bendice a mi amada Hija y a tu Hija, el concurso de gente era muy grande. Yo no comprendía sino muy en confuso cómo podía ser yo Padre en la Iglesia y de la iglesia. Lo creía posible, porque es cosa muy en uso llamarnos Padre” (MRel. II, 3).

Francisco se encuentra en plena misión, está en ejercicio de su vocación profética o anunciando al pueblo el amor de Dios, ha ejercitado ese amor misericordioso en favor de todos, ha superado sus propios fracasos, se ha rehecho en la labor, ha buscado actitudes de reconciliación y cambio. Se encuentra existencialmente en el momento de la entrega. Como Elías está fatigado del camino y cumpliendo los actos de su ministerio, descubre en su interior la voz de Dios; está en un lugar sagrado “una iglesia catedral”, su actitud es oracional: “fue mi espíritu transportado ante el trono de Dios” y escucha la voz del Padre, que le dice: “BENDICE”, que lo envía a ejercer su ministerio. El acto no es nuevo para Palau, forma parte de su labor sacerdotal; pero adquiere para él la novedad que Dios imprime cuando se revela amorosamente al hombre. Dios dándose a Francisco reescribe su palabra y hace de su plan una profunda comunión de su Hijo como cabeza y los prójimos como miembros de su cuerpo: “Esa es mi Hija muy amada. En ella tengo mis complacencias: dala mi bendición” (MRel. II, 2)

Y viene ahora la expresión de sentimientos: “Quedé con deseos de conocer a esa joven que se me presentaba envuelta en misterios y escondida bajo un velo... y lo que para mí más lastimero fue que como el amor rasgaba mi corazón, quedé con su vista tan afectado a ella, que la vida se me hacía insoportable” (MRel. II,3)

Esta vida que se le volvía insoportable desde la revelación del misterio de Dios como su amada-la Iglesia- lo lanza a la misión: “Para mí estos últimos días en Palma y Ciudadela son y serán memorables, porque el Señor se ha dignado fijarme de un modo más seguro el camino, mi marcha y mi misión. El Señor me ha concedido en la Iglesia Catedral de ésta lo que 14 años ha, le pedía con muchas lágrimas, grandes instancias y con clamor de mi espíritu. Y era conocer mi misión. Dios en esto se me ha manifestado abiertamente y ahora estoy ya resuelto, veas lo que voy a ejecutar”. (Cta. 57, 2)

Dios se da a conocer, se manifiesta y ante la experiencia mística, Francisco responde con un plan de acción, “veas lo que voy a ejecutar”: predicación, desprendimiento, penitencia; “cuidaré de recoger en los desiertos a los que quieran unírseme”. Se dispone a entrar por la puerta que Dios abra; relee su vida desde este encuentro con Dios y descubre que su camino de búsqueda tuvo sentido porque Dios le salió al encuentro. (idem)

3. Busco en los servicios ocasión de complacerte

Mística y profecía profundamente unidas dan como resultado, en la vida de Francisco Palau, servicio.

La Iglesia, su amada, le dice: “A mí me hallarás solitario en los claustros, desiertos y ermitas, y pastora en medio de los pueblos, peregrina en los caminos, y toda en todos y en todas partes donde la caridad ejerce sus actos y funciones”. (MRel. 20, 11)

Su amor apasionado por la Iglesia lo hace descubrir que fue Dios quien, desde una larga búsqueda, le salió al encuentro y le plenificó la existencia; Francisco necesita descubrir la unidad para sentir que el servicio, la acción misionera, evangelizadora y porque no, incluso asistencial, no lo saca de la unión con su Amada: “Estando yo examinando esta mañana cuál era el objeto de todas mis relaciones con Dios en la oración y en la soledad. Y la voz dulce de mi Amada se hizo sentir al nacer la aurora de este día y me dijo: Tu acción individual está refundida en la misión de la Orden religiosa a la que perteneces. Y la acción tuya, como hijo de los profetas, está confundida con la situación que yo tengo sobre la tierra. De aquí es que se revuelven dentro de tu espíritu estos tres objetos: tu individualidad, tu religión y yo, que soy la Iglesia: una cosa va ligada con la otra”. (MRel 20,13)

Reposos y fatigas en Palau, son consecuencias de su amor apasionado que lo eleva a la cumbre de la contemplación y lo lleva a los problemas de la cotidianidad humana; incluso en los momentos en que la persona se siente vacía, sin Dios; por esto practica el exorcistado y lo defiende como parte de su ministerio sacerdotal. Su faceta de fundador es igualmente ofrenda de la vida para su Amada, es buscar en los servicios ocasión de complacerla y responder desde la vida propia y la de sus seguidores al llamado impetuoso de la realidad social y eclesial.

Conclusión

Concluimos este apartado con un texto de nuestro Padre Fundador que nos revela la experiencia mística y profética del Carmelo, encarnado en un hombre del siglo XIX

“Al anochecer del 15 tomé asiento sobre la cima del monte, a la sombra, no de la luna, sino de aquella que yo amaba. Y me tomó el sueño con esta súplica: ¡Iglesia Santa! abre tus brazos; virgen casta y pura; abre tu seno y dame el reposo y descanso eterno. Duerma yo en tus pechos y nadie más me despierte de mi sueño. Un grito de horror me despertó: “¡Padre mío, Padre mío, ay me ahogo!”. Al despertar vi que la hija de Jepté, vagueando por los desiertos, había caído al mar y luchaba contra las olas. Los pueblos lloraban, la compadecían y la miraban desde un alto precipicio colocados a su borde, y no la auxiliaban por no perecer con ella. Yo tenía allí un rollo a mis pies de cuerda muy gruesa y fuerte. Cargué con él, baje volando del monte, me acerqué al precipicio, extendí la cuerda, eché un cabo al mar, y del otro los pueblos tiraban y la decían: “Tente firme, no dejes la cuerda”. Y tuvo firme y no dejó la cuerda. Y subió salva y sana. Y enseguida oí la voz del Padre que me decía: Marcha, corre, mi Hija se ahoga. Toma esta ley: “Amarás a Dios por ser Él quien es, bondad infinita; y a tus prójimos como a ti mismo: Desarróllala, tira un cabo al mundo, y que se tengan firme a ella los pueblos si quieren salvarse de las aguas”. (MRel 1,22-23).